Politeya. Estudios de Política y Sociedad

*Director*

Luis Moreno Fernández (CSIC)

*Secretario*

Francisco Javier Moreno Fuentes (CSIC)

*Comité Editorial*

Laura Cruz Castro (CSIC)
Salvador Giner San Julián (Universitat de Barcelona)
Manuel Pérez Yruela (CSIC)

*Consejo Asesor*

Robert Agranoff (University School of Public and Enviromental Affairs)
Fernando Aguiar González (CSIC)
Julio Carabaña Morales (UCM)
Teresa González de la Fé (Universidad de La Laguna)
Eduardo Moyano Estrada (CSIC)
Ludolfo Paramio Rodrigo (CSIC)
Gregorio Rodríguez Cabrero (Universidad Alcalá de Henares)
Luis Sanz Menéndez (CSIC)
Sebastià Sarasa Urdiola (Universitat Pompeu Fabra)
Joan Subirats Humet (UAB)

Fernando Aguiar, Alicia García Ruiz y Alberto J. Ribes

# ENTRE LÍNEAS
## Ensayos sobre literatura y sociedad

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

# LAS DELGADAS LÍNEAS FRONTERIZAS: SOCIOLOGÍA Y LITERATURA

Alberto J. Ribes

Tanto el artista como el científico se ocupan primordialmente de iluminar la realidad, se ocupan, en suma, de explorar lo desconocido y, lo que no es menos importante, de interpretar el mundo físico y humano.

Robert Nisbet (1979: 23)

Pese a la ruptura que crea, la literatura sería para siempre incomprensible si no viniese a configurar lo que aparece ya en la acción humana.

Paul Ricoeur (2004: 130)

As researchers, we find the social world not only complicated and interesting, not only functional or disturbing, but also amazing and overwhelming and joyous in its very variety and passage. Our readers should know not only society's causes and consequences, not only its merits and demerits, but also, in the words of Yasunari Kawabata (1975), its beauty and sadness.

Andrew Abbott (2007: 96)

## INTRODUCCIÓN: COMPLEJIDAD, PLASTICIDAD Y VARIABILIDAD [1]

La complejidad de analizar las relaciones entre literatura y sociología reside, desde mi punto de vista, en una característica central de la disciplina sociológica. La sociología es, como sabemos, tan plástica como variada, y lo es tanto ahora, en el presente, como lo ha sido en su historia. De ahí la constante reescritura de su historia, así como las cambiantes y problemáticas etiquetas que tratan de diferenciar a la sociología de los precursores (pre-sociólogos, proto-sociólogos) o de lo que no puede llegar a considerarse del todo sociología (para-sociólogos, filósofos sociales, ensayistas). Evidentemente estas etiquetas solamente se entienden si se tienen en mente los juegos de poder y la defensa de paradigmas en el campo sociológico (Levine, 1995; Bourdieu, 1995). La revisión del pasado se confunde con la obsesiva búsqueda de identidad por parte de una disciplina que siempre está volviendo a nacer (Gouldner, 1973; Sotelo, 1973; Ribes, 2005/2006). En este marco es natural entender que los juegos de definición de la disciplina han afectado a la consideración de la literatura, que ha sido tratada, vista o utilizada de diversas maneras, en función del momento socio-histórico y también del paradigma del sociólogo concreto que escribe. Se podría decir que los límites que se marquen en la definición de la sociología que se asuma establecen las relaciones posibles con la literatura, desde una óptica paradigmática particular. De ahí que sea posible considerar que ha habido tantas relaciones sociología-literatura como paradigmas sociológicos. Si cada sociólogo se ha dedicado a cultivar su propio jardín, como señaló a principios de siglo Adolfo Posada (1904) —a mitad de camino, dicho sea de paso, entre el asombro, la desorientación y la esperanza de lograr unificar la disciplina mediante su propia síntesis—, entonces podemos decir que cada uno de estos jardines alberga una particular y propia relación con la literatura. Siguiendo esta lógica, podemos aventurar que habrá en el futuro tantas y tan variadas relaciones posibles sociología-literatura como los paradigmas en vigor lo permitan. Los propios trabajos de este libro colectivo pueden dar una buena muestra de esta pluralidad de interpretaciones ancladas en diversos paradigmas.

En un reciente artículo Romero y Santoro (2007) presentaron un sugerente análisis de las relaciones entre sociología y literatura. La síntesis de su propuesta se encuentra en un cuadro con cuatro espacios que atiende a dos divisiones fundamentales. La primera división es la que separa el internalismo, que busca en las obras literarias un reflejo de la sociedad y que tiene una vocación teórica, del externalismo, que atiende a las lógicas de producción y consumo, y pone énfasis en lo empírico. La segunda se cifra en la comprensión de la literatura como dato social (subordinada) frente a una visión de la

[1] Una versión previa de este texto fue elaborada para el IX Congreso Español de Sociología de la Federación Española de Sociología (Barcelona, 2007), con el título «Sociología y literatura como dos medios de interpretar lo social: la sociología de la literatura y la literatura sociológica». Las páginas dedicadas al análisis de Voces cruzadas de Rodríguez Ibáñez incluyen algunos fragmentos de la reseña que publiqué sobre dicho texto en la *Revista Internacional de Sociología* (Vol. 68, Nº 3, 2010).



literatura como interlocutora legitimada (en pie de igualdad). Los espacios que resultan de los cruces de estas dimensiones son los siguientes. El primer espacio resulta de cruzar las dimensiones internalismo y literatura como dato social. En él se incluye el uso de la literatura que hacen autores como Luhmann, Elias o determinados autores posmodernos. En el segundo cruce se conjugan el internalismo con la literatura como interlocutora legitimada. Aquí la teoría social abre un diálogo con la literatura, tal y como sucede a juicio de los autores en las obras de Lukács, Goldmann, J. M. González o R. Ramos. En el tercer espacio, se encuentran el externalismo y la literatura como dato social. Las obras que resultan son aquellas que se han centrado en el análisis de lógicas de producción cultural. El último cruce se da entre el externalismo y la literatura como interlocutora legitimada, y aparece representado por la obra de Bourdieu. Los autores abogan por mantener los dos caminos que se abren desde la consideración de la literatura como una interlocutora legitimada: «La sociología de la literatura más fructuosa e interesante es, nos parece, aquella que acepta a la literatura como un *sujeto* paralelo y legítimo. Ambos caminos, el internalista y teórico, y el externalista y empírico, resultan aquí igual de válidos y necesarios, y de hecho, es en su complementariedad donde encontramos la posibilidad de una sociología de la literatura programáticamente definida» (Romero y Santoro, 2007: 219).[2]

Sin pretender elaborar un esquema tan completo e inclusivo como los dos mencionados, y aun a riesgo de simplificar, creo que las relaciones entre sociología y literatura puedan enmarcarse en tres espacios que se organizan en un continuo no excluyente y no necesariamente cronológico: 1/ la inicial constatación de la vinculación existente entre ficción literaria y sociedad, que tiene que ver con la crítica de la convencional historia de las ideas, el análisis textual de las obras literarias y la ilusoria caracterización del autor como individuo creador aislado; 2/ el paradigma de la producción-consumo o la sociología de la literatura en sentido restringido; y 3/ la línea que se ha ocupado de la exploración y el análisis de las complejas relaciones entre sociología y literatura, sus zonas fronterizas, sus límites.[3]

[2] Gaspar (2009b: 27-29) propone distinguir entre sociología de la literatura sistemática y asistemática. La sociología de la literatura sistemática contiene tres posibilidades en función de la relación epistemológica entre ambos ámbitos del conocimiento. Cuando se da una relación vertical (la sociología aparece como superior a la literatura) tenemos los caminos 1/ de la sociedad a la literatura (Lukács, Goldmann), 2/ de la literatura a la sociedad (Escarpit, Escuela de Burdeos), y 3/ el análisis de los campos de Bourdieu. Cuando se da una relación horizontal y se entiende a la literatura y a la sociología como dos dominios igualmente válidos en la producción de conocimiento social tenemos el camino explorado en España por J. M. González García. La sociología de la literatura asistemática incluye los usos casuales y la utilización de la literatura como fuente de datos. En este uso asistemático Gaspar entiende que solamente puede darse una relación vertical. El autor señalado como ejemplar por Gaspar es N. Elias.

[3] En este capítulo no voy a presentar una reconstrucción sistemática de la sociología de la literatura, sino que solamente voy a centrarme en algunos autores e ideas que, según me parece, han reflexionado sobre los límites y las fronteras de la sociología al pensar las relaciones entre sociología y literatura y nos han dejado algunas sugerencias interesantes. Una reconstrucción ya clásica de la sociología de la literatura se encuentra en Laurenson y Swingewood (1971). Más recientemente contamos con el trabajo de Romero y Santoro (2007), en el que se revisan las tradiciones anglosajona, francesa y se explora tentativamente la española, y los de Gaspar (2009a y 2009b: 19-82).

Será esta tercera línea la que va a centrar mi interés en las páginas que siguen. En primer lugar veremos, de la mano de Ayala y Mills, cómo a mediados del siglo xx la necesidad de hacer valer una concreta posición en el campo sociológico y combatir paradigmas rivales llevó, como una consecuencia seguramente no prevista y, desde luego, no querida en sus últimas consecuencias, a reivindicar obras literarias para el canon sociológico. En segundo lugar, haremos hincapié en la clásica distinción entre ambas disciplinas que propone Nisbet, basada en las diferentes lógicas que mueven a la sociología y a la literatura, al tiempo que seguiremos a este autor en su propuesta de lo que las une. Profundizando en los nexos de unión nos detendremos en la propuesta de la «estética cognitiva» de Brown. Seguidamente nos ocuparemos de la reciente apuesta por una «sociología lírica» que ha elaborado Abbott. En tercer lugar, con ayuda de Lepenies y Rodríguez Ibáñez, plantearemos cómo la tradición sociológica ha amputado una parte de sí misma, al ser derrotadas algunas sociologías fallidas, muy especialmente la sociología deliberadamente literaria, al tiempo que exploramos la fructífera combinación del entrecruzamiento de las voces que nos ofrecen un cuadro sin duda más completo y acabado de los problemas o momentos históricos que analizamos desde la sociología. En cuarto lugar exploraremos algunas de las causas que podrían explicarnos la porosidad de las fronteras, tal y como han sido formuladas por Goldmann y Jameson. Cerraremos el capítulo estableciendo nuestra posición con respecto a los límites de la sociología y las consecuencias del reconocimiento del común origen de la literatura y la sociología.

## DESDE LA HETERODOXIA: CIERTAS OBRAS LITERARIAS SE APROXIMAN A LA SOCIOLOGÍA

A mediados del siglo xx la sociología norteamericana estructural-funcionalista aliada con el desarrollo de las cada vez más sofisticadas técnicas de investigación situaron a determinados autores en una posición de incomodidad, arrojándoles a la heterodoxia. Algunos de ellos, cuando abordaron el problema de los límites y de la definición de la disciplina sociológica se encontraron reivindicando determinadas obras que ni siquiera ellos consideraban sociología en sentido estricto y que, desde luego, no encajaban en el paradigma dominante de la época. Dos de estos autores fueron Francisco Ayala y Charles Wright Mills. En ambos casos, desde mi punto de vista, lo que pretendían estos autores era combatir a la sociología hegemónica, pero, en ese empeño, acabaron por extender los límites de la disciplina, dejando además el germen para ulteriores radicalizaciones de sus propuestas, que, probablemente, ellos no compartirían.

En el *Tratado de Sociología* de 1947, Ayala perfila su concepción de la disciplina sociológica. Como cabe esperar de un libro escrito a mediados del siglo xx, el autor no ahorra esfuerzos para distinguir la sociología de la filosofía y de la filosofía social, del derecho y de la psicología. Ayala deja bien claro a lo largo de todo el *Tratado* que considera la sociología como una ciencia. No obstante, para nuestro autor la sociología, como cualquier otra ciencia, es un producto cultural y conviene tratarla como tal. El reproche fundamental de Ayala a ciertas sociologías es su dependencia con respecto a las ciencias naturales, cuyos métodos no sirven para el estudio de la realidad social. O, mejor dicho, no sirven si se emplean únicamente. Por eso, llevado por una ambición sintética, propone Ayala un «enfoque plenario» capaz de integrar tres vertientes del conocimiento: la científica-natural, la comprensiva y algunas intuiciones literarias basadas en el conocimiento de la ciencia sociológica. Pero, es justo decirlo, la parte del «enfoque plenario» que corresponde a lo científico-natural es minimizada; el peso de esta síntesis lo tiene la sociología comprensiva y, queda apuntado, aunque probablemente no del todo resuelto, el aspecto literario.



Sostiene Ayala que las ciencias sociales nacieron bajo los supuestos naturalistas precisamente cuando éstos eran puestos en entredicho. Esto explica, en parte, los problemas de la sociología para encontrar un método adecuado, porque no es posible aceptar, según la visión historicista de Ayala, el empleo de métodos y principios derivados de un mundo que ya no existe; métodos, a fin de cuentas, que pertenecen a otro momento histórico. De este modo, escribe Ayala (1984: 126), «resultaría insincera la aceptación —aun provisional— de principios y métodos derivados de una concepción del mundo ya desprovista de una incontrovertida vigencia sobre los espíritus».

Había, pues, que adaptar el método a la realidad contemporánea. A estos problemas se añade que el objeto de la sociología (que es a la vez sujeto) no permite que se le trate como cualquier otro objeto del mundo natural: es imprescindible descubrir el sentido. La propuesta de Ayala se basa, como decíamos, en practicar un «enfoque plenario» que integre de forma un tanto desigual (en absoluto equidistante) los métodos de las ciencias naturales, la interpretación del sentido e incluso los acercamientos literarios a la realidad social. Por todo esto el propio Ayala es consciente de que se sitúa en la heterodoxia; en la heterodoxia con respecto a algunas líneas teóricas que habían apostado por una sociología de vocación positivista, y, desde luego, con respecto a los desarrollos que estaba teniendo la sociología en Norteamérica, cuyo éxito y exportación iban a situar aún de una manera más evidente a Ayala en la heterodoxia e incluso iban a arrojarle al indefinido territorio de lo pre-sociológico, la filosofía social o las «filosofías de gabinete» (Sorokin, 1964).

En el esquema que traza Ayala tenemos, por un lado, a la sociología científica, metódica y autoconsciente. Dicha sociología se ve atravesada por dos líneas diferenciadas: la científico-natural o positivista y la comprensiva. Ayala se decanta por la segunda, aunque reconoce la legitimidad disciplinar, por decirlo así, de la primera. Por otro lado, y aquí empieza lo más original de su propuesta, desde su punto de vista, la sociología no debe cerrarse por completo a considerar valiosas determinadas formas literarias de conocimiento de la realidad social. Esto es así debido a que nuestro autor considera que, dada la complejidad de las relaciones entre teoría y realidad, «a veces resulta

difícil señalar el punto en que concluye la ciencia y empieza ese modo de intuición asistemática de la realidad que, convencionalmente, llamamos literaria» (Ayala, 1984: 44). Con el objetivo de rescatar a determinada literatura que, desde su punto de vista, hace sociología, Ayala traza una distinción entre dos tipos de literatura: la literatura que trata lo social sin conciencia sociológica, y la literatura (asistemática y no metódica) consciente de lo social y basada en un firme armazón de teoría sociológica. Se refiere Ayala a «esa literatura que no ignora la sociología científica, pero que tampoco satisface en sus esquemas, sino que prefiere sumergirse de lleno en la realidad viva para captar los rasgos esenciales de su estructura y extraerlos y exponerlos en cuadros concretos». Dicha literatura, «merecerá ser incluida en el campo de la disciplina sociológica siempre que sus construcciones estén apoyadas en una firme armazón teórica» (Ayala, 1984: 44). De modo que, a su juicio, la segunda de estas dos opciones puede incorporarse a la sociología enteramente, en tanto en cuanto produce conocimiento social y puede incorporarse tanto al canon de la disciplina como al «enfoque plenario».

Lo que nos muestra Ayala es la necesidad de abrir la disciplina a esas formas poco ortodoxas de presentar los resultados de los análisis sociológicos elaborados desde el contacto con la sociología. Volveremos sobre este punto más adelante.[4]

En el más célebre de sus libros Charles Wright Mills introdujo el concepto de «imaginación sociológica». Del mismo modo que Ayala, Mills pretendía reivindicar otra manera de hacer sociología y de entender a la disciplina, y en ese camino elaboró una de las definiciones más difundidas de la sociología. Recordemos la descripción y la promesa que, a juicio de Mills, anunciaba la sociología, entendida de forma mucho más amplia que las corrientes hegemónicas del momento: «la imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos» (Mills, 1999: 25).

En su crítica contra la Gran Teoría y el empirismo abstracto, pretendía Mills reivindicar una mayor amplitud de miras de regusto clásico, así como adoptar cierta distancia crítica con respecto a la tiranía de las técnicas de investigación. Al mismo tiempo y, por otro lado, criticaba la grandiosa construcción teórica de Parsons porque, según Mills, ésta perdía de vista la realidad. Por eso introdujo la idea de la «imaginación sociológica» que va aparejada con la de «artesano investigador». La pretensión de Mills era reivindicar una mayor imaginación que permitiera escapar de la burocracia investigadora o de la investigación burocratizada. Por ello reivindica el papel ejemplar

[4] Ayala es un autor excepcional para abordar el problema de la sociología y la literatura, debido a su doble condición de sociólogo y novelista. Además de estas reflexiones que incluye en el *Tratado de Sociología*, en las que aquí nos hemos detenido brevemente, el estudio de sus obras —sociológicas y literarias— nos ofrece un punto de vista privilegiado para poder entender las relaciones de ambas disciplinas. No cabe aquí un estudio detallado de las relaciones sociología-literatura en la obra de Francisco Ayala, por lo que remito al lector interesado a un trabajo previo: Ribes (2007).



de los «sociólogos clásicos», que tenían esta «imaginación sociológica». Lo interesante es que a juicio de Mills no solamente los clásicos poseían esa imaginación, sino que también otros, «los novelistas —cuya obra sería encarna las definiciones más difundidas de la realidad humana— poseen con frecuencia esta imaginación» (Mills, 1999: 34). La fórmula para ensanchar los límites de la disciplina que emplea Mills es la de definirla desde el concepto de «imaginación sociológica», que al tiempo de servir para caracterizar a la sociología permite derribar los límites formales de la misma. Lo que nos lleva a concluir que si tomamos en serio la propuesta de Mills, y la de Ayala, y consideramos que ciertos novelistas, historiadores o poetas ponían en práctica esta «imaginación sociológica», y han elaborado y elaboran obras literarias o históricas con un fondo sociológico ¿no deberían ser tenidos en cuenta en una historia de la disciplina? ¿No deberían considerarse sus metodologías, sus procedimientos de investigación?

Sin embargo, y pese a todo lo dicho previamente, en opinión de Mills los artistas no son plenamente capaces de dar cuenta de la realidad social. De alguna forma, para este autor la ciencia social, siempre que se haga desde la «imaginación sociológica», puede cumplir dicho cometido con mayor profundidad. Por tanto, podemos ver cómo los márgenes de la disciplina vuelven a su cauce, una vez que el pasado se abandona (aquel tiempo de novelistas y poetas, aquel tiempo de una ciencia social inadecuada) y una vez que la necesidad de establecer límites disciplinares se impone sobre la «imaginación sociológica» o el «enfoque plenario».

## LÓGICAS QUE SEPARAN, NEXOS QUE APROXIMAN

La contribución fundamental de Nisbet sobre estas cuestiones se encuentra en su célebre *La sociología como forma de arte*. Según Nisbet (1979: 11-16) sociología y arte son dos campos estrechamente ligados. Hay, sin embargo, una diferencia sustancial. La sociología funciona a través de la «lógica de la demostración», que está sujeta a reglas y prescripciones, mientras que el arte, la literatura, opera desde la «lógica del descubrimiento», que no lo está. Aunque exista esta diferencia fundamental que distingue claramente el arte de la sociología, hay dos cuestiones que unen estos dos ámbitos: el empeño por comprender la realidad y la semejanza de los «medios de representación» de esa realidad. Los medios de representación a los que se refiere Nisbet son los «paisajes» y los «retratos». Tanto en el arte como en la sociología se dibujan «paisajes» de periodos históricos. Como escribe Nisbet (1979: 16): «Lo más importante de la sociología consiste en gran parte en paisajes del panorama social, económico y político de la Europa Occidental del siglo XIX y principios del XX».[5] De igual forma, tanto en el arte como en la

[5] Más adelante añade Nisbet (1979: 69-70): «La literatura sociológica del siglo XIX es tan rica en paisajes como cualquier otra esfera de la imaginación creadora (...) el paisaje social y cultural constituye el dominio del sociólogo —o del novelista o poeta— como el escenario físico constituye el del pintor».

productos sean capaces de incrementar nuestra comprensión del mundo. Las obras de los pioneros, como decía, han sido, a su juicio, históricamente capaces de hacerlo, desde diversos lugares y posiciones. Es importante, para Brown (1985: 40), señalar que la simbolización no solamente sirve para darnos una imagen más completa del asunto concreto del que se ocupe, sino que su mera enunciación sirve para dar existencia a lo que otra forma no existiría, al tiempo que orienta nuestra mirada, la encauza, la dirige. El arte y la ciencia son, por tanto, reflexivos (Lamo de Espinosa, 1990; Gaspar, 2009b), al tiempo que el paradigma creado por el escritor pionero focaliza nuestra forma de mirar (Kuhn, 1978).

Sostiene Brown que tanto las metáforas como la ironía son dos elementos clave de la teoría sociológica. El uso de la metáfora se le antoja a Brown (1985: 77) como algo inevitable, dado que todo conocimiento es metafórico, puesto que todo lo que es conocido es conocido como algo, es visto desde algún punto de vista, y la metáfora es básicamente ver algo desde el punto de vista de otra cosa diferente. De este modo, un paradigma es equiparable a una metáfora-raíz que genera numerosos modelos (que son también metafóricos) que, finalmente, nos ofrecen una imagen del mundo (Brown, 1985: 125-126). El uso creativo y jovial que hacen los pioneros (artistas o científicos) de las metáforas se opone al uso ritual o inconsciente que hacen los seguidores (Brown, 1985: 88-89). Aunque el arte y la ciencia sean metafóricos de modos diversos, y estén sometidos a normas y reglas diferentes (Brown, 1985: 222), la clave radica, según señala Brown (1985: 90 y 99), en que finalmente para los sociólogos la cuestión no reside en la elección entre el rigor científico o la perspicacia poética, sino que se encuentra en la elección de metáforas más o menos fructíferas.

Un tipo de metáfora que esconde la clave para elaborar sociología crítica, capaz de dar cuenta de lo social, es la ironía, entendida como una metáfora de los opuestos (Brown, 1985: 172). La ironía en sociología, aunque es negada convencionalmente porque no es considerada como un instrumento de conocimiento serio, se presenta bien dirigida al orden social, bien dirigida a algún paradigma disciplinar. En ambos casos, a juicio de Brown, la ironía se muestra como una herramienta esencial para la innovación paradigmática, así como para la cabal comprensión de lo social. De este modo, la ironía articula la lógica del descubrimiento.

Andrew Abbott, en un importante artículo reciente, siguiendo la estela de Nisbet y de Brown, defiende lo que él denomina «sociología lírica» frente a la «sociología narrativa». Según Abbott (2007), la virtud esencial de la sociología lírica es que es capaz de comunicar emociones mediante la presentación de imágenes que describen un sentido emocional no-moral de lo social. De ahí que la sociología lírica sea más capaz de transmitir las descripciones de lo social al gran público. Para Abbott lo que ha alejado a la sociología del centro del debate público es la ausencia en nuestros textos de fuerza emocional y de lirismo. La sociología lírica se caracteriza por ser básicamente una recreación de una experiencia de descubrimiento de algún aspecto de la realidad social que transmite la admiración, la excitación y las fuertes emociones que siente el autor del texto. Las emociones más comunes experimentadas y expresadas por los sociólogos en sus textos y hacia los problemas que describen son la tristeza, en forma de nostalgia (visible, por ejemplo, en *Middletown* o en *Hábitos del corazón*)[8] y la indignación. Sin embargo, para Abbott ni la nostalgia ni la indignación son emociones que generen sociología lírica, dado que la nostalgia es una emoción narrativa (nostalgia del pasado) y la indignación es una emoción comparativa (la realidad frente la ideal). La emoción que está detrás de la sociología lírica está localizada aquí y ahora; se trata de la «simpatía humana», entendida como algo similar a la compasión o piedad pero como una emoción de ida y vuelta que nos hace conscientes de nuestras limitaciones gracias a la contemplación de las de los demás.



Los criterios para identificar la sociología lírica, según Abbott, son la actitud del autor del texto con respecto al objeto de estudio y con respecto a su audiencia, y las mecánicas. La actitud de los sociólogos líricos es de implicación emocional; nada pues de distancia ni de ironía; el autor se sitúa dentro de la realidad social con todas las consecuencias y muestra su análisis y las emociones que un problema concreto suscitan en él. En segundo lugar, la actitud de los sociólogos líricos precisa del reconocimiento de la posición del autor no únicamente como autor sino como persona que experimenta reacciones emocionales. En tercer lugar, los sociólogos líricos evitan la narrativa mediante el esfuerzo por capturar los momentos, y no los procesos; la lógica del instante prevalece sobre el desarrollo histórico y sobre la búsqueda de los orígenes socio-históricos del asunto estudiado.

Pasemos ahora a las mecánicas. Para Abbott un escritor narrativo persigue relatar lo que ha pasado y explicarlo. En cambio, un escritor lírico de lo que nos habla es de la intensa reacción emocional que ha sentido con respecto a un proceso social observado en un momento concreto. De ahí que frente a las secuencias de acontecimientos que encontraremos en los trabajos del primero, tendremos una desordenada colección de imágenes en las obras del segundo. Además nuestro sociólogo lírico apelará a emociones concretas y optará por el naturalismo frente al artificio narrativo.

## FRONTERAS POROSAS Y VOCES CRUZADAS

Desde un punto de vista diferente aborda Lepenies (1992) las relaciones entre sociología y literatura. Lepenies se encarga de poner de manifiesto, en una interesante y erudita reconstrucción histórica, que hubo un tiempo —el de los orígenes de la disciplina sociológica— en el que los límites entre la sociología y la literatura fueron motivo de controversia. Quizá la aportación más importante que pone sobre la mesa Lepenies, en cuanto a lo que nos concierne en estas páginas, es la de situar decididamente a la literatura como

[8] Sobre nostalgia y sociología, véase también B. S. Turner (1987).

un campo o una disciplina rival con la inicial sociología de principios del siglo XX. La literatura, igual que sucedió con los casos bien conocidos y estudiados de la psicología, la filosofía y la filosofía de la historia, fue, en algunos momentos y países, una forma de conocimiento que rivalizó con la incipiente sociología. De hecho, algunos intelectuales inicialmente atraídos por la sociología, como H. G. Wells, se irán alejando de la constitución «científica» y empíricamente orientada de la sociología inglesa tal y como era entendida por el matrimonio Webb (Lepenies, 1992; Rodríguez Ibáñez, 1998). Wells elaborará un programa de una sociología diferente, alternativa, claramente heterodoxa tanto en su tiempo como hoy, una sociología que se elabora y expresa a través de la creación de novelas utópicas y de ciencia ficción. La sociología encuentra aquí, según se mire, bien una nueva forma de expresión o incluso un nuevo paradigma (fallido), bien un fuerte rival que le disputa la legitimidad y la exclusividad de interpretar la realidad social. La primera interpretación asume que ciertas formas de literatura poseen un enfoque sociológico o un fondo sociológico o una imaginación sociológica, y nos invita a considerar que por razones socio-históricas concretas dichas literaturas sociológicas terminaron cayendo en el cajón de los paradigmas fallidos y quedaron excluidas de cuerpo central, del canon de la tradición sociológica. Es una posición que encuentra sus raíces en las propuestas de Ayala, Mills, Nisbet y Lepenies, aunque yendo más allá de lo que probablemente sería asumible para la mayoría de estos autores. En todo caso, es la interpretación que he defendido en otro lugar (Ribes, 2007).

En un complejo proceso que tiene lugar a lo largo de un siglo y medio o dos siglos, al mismo tiempo que Wells elaboraba su propio programa para la sociología, y al mismo tiempo que Zola proponía que sus novelas realistas y comprometidas eran la «verdadera sociología», al mismo tiempo que Balzac pretendía titular su novela *La comedia humana* «Estudios Sociales», la disciplina sociológica iba cumpliendo los pasos bien conocidos que la iban a llevar a las universidades, a los centros de investigación y al mercado laboral. Esto supuso la conversión de la sociología en una disciplina respetable y científica, con un objeto delimitado y unos métodos de conocimiento establecidos. En ese periplo la sociología tuvo que diferenciarse de la psicología, la filosofía, la filosofía de la historia y también de la literatura. Al mismo tiempo las otras sociologías que iban a resultar perdedoras a medio plazo trazaban sus propias propuestas, y, entre ellas, estaba, como muestra claramente Lepenies, esa sociología literaria o esa literatura con ambición sociológica, que también recogen como posibilidad Mills o Ayala.

El triunfo de unas determinadas sociologías expulsó a los márgenes de la disciplina o directamente eliminó algunos programas sociológicos excéntricos. La sociología exitosa —que se apropió del viejo nombre propuesto por Auguste Comte— iba a ser la sociología científica, bien siguiendo el modelo de las ciencias naturales o bien reivindicando la especificidad del campo y de los métodos. En cualquier caso, el resto de intentos o de propuestas de elaborar «otras» sociologías iban a perder —¿momentáneamente?— la batalla de la historia.



Un buen ejemplo del resultado de tal proceso lo encontramos en la reflexión que hace Bourdieu (1995) sobre *La educación sentimental* de Flaubert (Cfr. Romero y Santoro, 2007; Eastwood, 2007). El empeño de Flaubert en esa novela consistía en, según sus propias palabras, «tratar el alma humana con la imparcialidad que se utiliza en las ciencias físicas» (citado en Bourdieu, 1995: 155). Este empeño de Flaubert desorienta a Bourdieu, que duda sobre si se debe considerar esta obra como un trabajo sociológico, puesto que es perceptible en dicha obra la existencia de una «visión sociológica» *sui generis*: «visión que cabría llamar sociológica —dice Boudieu— si no estuviera alejada de un análisis científico por la forma en que se revela y se oculta a la vez» (Bourdieu, 1995: 62-63). Pese a la intención de Flaubert, y pese al resultado objetivo alcanzado en dicha novela, Bourdieu se atreve solamente a señalar que casi se puede hablar de sociología en esa obra, puesto que efectivamente a sus ojos es perceptible una visión sociológica, pero finalmente las características propias de la forma novelesca aleja de una manera inevitable el trabajo de Flaubert de un verdadero trabajo sociológico. En un sentido parecido, a la posición adoptada por Bourdieu, Bradbury (1970: 100) señalaba que pese a que la literatura y la sociología comparten la función de delinear y estructurar nuestro sentido de qué es la realidad, ambas expresiones culturales son, a fin de cuentas, diferentes disciplinas y diferentes maneras de ver el mundo. Vemos, una vez más, cómo igual que Nisbet, Mills o Ayala, pese a sopesar probablemente la necesidad y la posibilidad de ensanchar los límites de la disciplina para dar cabida a ese paradigma fallido, representado aquí por Flaubert, Bourdieu acaba por quedarse a mitad de camino, revelándose y ocultándose un instante después, por decirlo así.

Rodríguez Ibáñez, en su reciente *Voces cruzadas*, presenta una propuesta teórico-metodológica que se sustenta en la articulación de dos conceptos clave: *voces públicas* y *conciencia de época*. A estos dos conceptos les acompaña una clasificación del acontecer histórico-social, que el autor toma de R. Flacks, en dos tipos específicos de momentos: aquéllos en los que *se hace historia*, y aquéllos en los que *se vive la vida*. Ambos tipos de momentos serán aprehendidos culturalmente gracias a una conversación ininterrumpida —cuyo primer eslabón se encontraría en el diálogo interior, en las «conversaciones internas» de las que habla M. Archer—, que tiene lugar gracias al coro múltiple de voces cruzadas que se alzan para pensarlos e imaginarlos y que terminan conformando una *conciencia de época*. Oigamos al autor: «lo cierto es que las 'conversaciones internas', entrecruzadas y multiplicadas *ad infinitum* crean las 'voces públicas', término este que me satisface para designar el depósito o receptáculo de opiniones, imágenes, diagnósticos, comentarios, relatos, análisis ideológicos, contribuciones de todo tipo, en fin, que acaban fraguando una determinada conciencia de época» (Rodríguez Ibáñez, 2008: 14).

La previa vinculación por parte del autor del *decurso* y los *discursos* aparece así transmutada en una vinculación entre los momentos en los que *se hace historia* —que son, a mi entender, el verdadero objeto de atención del autor— y su materialización textual en diferentes voces que se cruzan hasta constituir unas *voces públicas* que dan cuenta del acontecer y conforman una *conciencia de época*. La propuesta de Rodríguez Ibáñez supone esencialmente, desde mi punto de vista, un esfuerzo por situarse en lo fronterizo. En este libro la búsqueda de dichas vías de cruce se sustancia de manera concreta en el análisis de diagnósticos que provienen de la teoría social, la ficción literaria, los ensayos y las memorias. Algunos autores tratados por el autor, como Mann, Althusser o Ayala, son presentados como encarnaciones de la propia *conciencia de época*. Podría decirse que sus obras —literarias, sociológicas, autobiográficas— se convierten en voces especialmente cualificadas que contribuyen a configurar la conciencia de su época, al tiempo que la saben captar.

La principal ambición del libro, una vez puesto a funcionar el esquema teórico-metodológico ya descrito, se encuentra en el análisis de la modernidad y su ambivalencia fundamental encarnada en determinadas voces que nos ayudan a entenderla, junto con, por otro lado, la reflexión y el esbozo de un diagnóstico sobre el último tercio del siglo XX. Voy a referirme exclusivamente a la primera cuestión, la modernidad y su ambivalencia, en tanto en cuanto nos sirve para ver en funcionamiento la propuesta de Rodríguez Ibáñez. El autor para elaborar su análisis de la modernidad incluye de manera decidida y sin titubeos ni obsesiones disciplinares aquellas otras voces que junto a la teoría social también reflexionan, dialogan y configuran las distintos momentos decisivos de la modernidad, desde la Revolución Francesa hasta el último tercio del siglo XX, pasando por las dos guerras mundiales, el holocausto, el colonialismo, los unidimensionales años 50 y las revueltas y transformaciones culturales y sociales del 68. El incremento de las posibilidades de comprender, analizar e interrogarse sobre lo social, al tiempo que se presta atención a los diálogos e intercambios entre teóricos sociales y literatos, salta a la vista. Adorno, Horkheimer y Marcuse junto con Orwell y Huxley, señala el autor, «han contribuido, con sus voces a clarificar y problematizar, de cara a la posteridad, una de las épocas más turbulentas de la sociedad Occidental, esto es, los treinta años que median entre las fechas emblemáticas de 1933 y 1968» (Rodríguez Ibáñez, 2008: 95). Pero también otras voces, estudiadas por el autor, como las de Thomas Mann, Francisco Ayala, Skinner, Burguess o incluso la reciente novela de Little, *Las benévolas*[9] nos ayudan a comprender mejor ese momento histórico. La incorporación sin reservas de estas otras voces, anclada en la propuesta teóri-

[9] La incorporación de la novela de Little supone, desde mi punto de vista, una toma de partido por parte del autor a favor de la apertura esencial de las conciencias de época, constitutivamente inconclusas, pues mientras se sigan problematizando cuestiones, mientras el coro de voces públicas vuelva a dirigirse a los momentos en los que se hace historia, la modificación de la conciencia de época no es solamente posible sino inevitable.



co-metodológica del autor, genera un *paisaje* —en el sentido de Nisbet— m
complejo y fecundo y, probablemente, más certero del convulso perio
abordado. Si Lepenies nos indica el camino hacia la consideración de aqu
llos paradigmas fallidos, Rodríguez Ibáñez nos muestra, sin obsesiones di
ciplinares, los frutos que la exploración conjunta de esas voces públicas
sus entrelazamientos puede dar tanto a la sociología como a nuestra co
prensión del periodo estudiado o del problema a abordar. Visto esto, l
preguntas son: ¿Excluimos a H. G. Wells, por ejemplo, de una historia de
sociología, de un recuento de las sociologías que han sido, de nuestra defi
ción de sociología? ¿Lo excluimos de un análisis del siglo XX?

## ALGUNAS CAUSAS QUE EXPLICAN LA DELGADEZ DE LAS LÍNEAS

La propuesta de Goldmann (1975: 221) es definida por el propio aut
como una forma de análisis «estructuralista-genético» que «parte de la hip
tesis de que todo comportamiento humano es un intento de dar una respue
ta significativa a una situación particular, y tiende, por ello mismo, a crear
equilibrio entre el sujeto de la acción y el objeto sobre el que recae el mun
circundante». Hay dos conceptos fundamentales en la obra de Goldma
que nos interesan aquí: el concepto de «homología» y el de «visión del mu
do». Para Goldmann el grupo social es «el verdadero sujeto de la creació
(Goldmann, 1975: 224). No son los individuos, sino el grupo quien crea l
artefactos culturales, y, en concreto, las obras literarias. La intención func
mental de Goldmann es tratar de superar el esquema clásico de la sociolo
de la literatura, que se esfuerza en trazar relaciones entre los contenidos
las obras literarias y los de la conciencia colectiva. Para ello desarrolla
particular y célebre concepto de «homología». Según Goldmann existe u
relación mucho más intensa, que la aceptada por las tradicionales socio
gías de la literatura, entre la estructura social y las obras literarias y cre
vas. Y es precisamente a través de esta clave como hay que interpretar dic
relación: «se tratará de buscar en la vida intelectual, política, social y eco
mica de la época, agrupamientos sociales estructurados, en los cuales
podrán integrar, como elementos parciales, las obras estudiadas, estab
ciendo relaciones inteligibles entre ellas y el conjunto, y, en los casos m
favorables, homologías» (Goldmann, 1975: 230).

Las homologías de Goldmann nos llevan, entonces, a una relación en
estructuras y obras literarias que se encuentran especialmente imbricad
Son partes de lo mismo: de una realidad socio-histórica concreta. No h
pues, reflejo del mundo en la obra literaria, sino que la obra literaria es
mundo. Incluso yendo más allá, Goldmann propone que las grandes obr
maestras nos son más que la autoconciencia grupal (entendida en térmi
de clases sociales) de una realidad socio-histórica concreta que un individ
determinado alcanza a expresar en una forma literaria: «el escritor imp
tante es precisamente el individuo excepcional que consigue crear en cie

campo, el de la obra literaria (o pictórica, o conceptual, o musical, etc.), un universo imaginario, coherente o casi rigurosamente coherente, cuya estructura corresponde a aquella hacia la que tiende el conjunto del grupo» (Goldmann, 1975: 226)[10]. Este punto de partida permite a Goldmann trazar una homología entre la forma novelesca y el modo de producción capitalista, y retomar los conceptos de Lukács y Marx del héroe problemático y la cosificación. Encuentra Goldmann que hay una contradicción entre el individualismo burgués ideológico y la realidad objetivada —con la sustitución del valor de uso por el de cambio y la aparición de los monopolios gracias a la concentración del capital— que impide el desarrollo del individuo y lo aliena.

Goldmann desarrolla otro concepto que va ligado al de homología. Se trata de la «visión del mundo». Las visiones del mundo son perspectivas coherentes y unitarias que se refieren a las relaciones de los individuos con otros individuos y con el universo (Goldmann, 1981: 111). Las visiones del mundo no son una realidad empírica dada, sino que solamente son un instrumento conceptual que permite investigar la realidad social; son abstracciones hechas por un investigador, basadas en la estructura de pensamiento de los individuos. Según la definición que ofrece Goldmann (1981: 112), las visiones del mundo son hechos sociales e históricos. Son formas de pensar, sentir y actuar que son comunes a personas que tienen similares formas de vida y situaciones económicas. Las visiones del mundo están vinculadas a determinados grupos sociales (especialmente las clases, en una economía capitalista), y, desde luego, cualquier intento de vincular las visiones del mundo a un individuo —e insiste especialmente Goldmann en el problema de la creación de nuevas visiones del mundo— es un esfuerzo erróneo. Son los grupos los que producen visiones del mundo, y es a los grupos a los que se les imponen las visiones del mundo ya creadas. La producción de nuevas visiones del mundo es un esfuerzo colectivo, un trabajo de varias generaciones orientadas conceptualmente hacia la misma idea. El filósofo y el artista —el literato— aparece, entonces, como la persona que es capaz de traducir esta nueva visión del mundo y dotarla de coherencia. Por tanto, primero es el grupo social, que genera, lentamente, una visión del mundo. En un momento determinado aparece un individuo capaz de trasladar esa visión del mundo en un lenguaje artístico, filosófico o científico. Ese individuo es el verdadero artista, el escritor genial, el filósofo brillante. Para Goldmann la calidad literaria o científica radica en la capacidad de traducir la visión del mundo que un determinado grupo social comparte.

El científico o el escritor genial de Goldmann es el científico o el artista pionero de Brown, aunque en lugar de hablar de dinámicas de clase social, Brown enfoca el asunto en términos de paradigmas y de la comunidad científica al estilo de Kuhn. Y, por supuesto, la insistencia en el grupo social es mucho más fuerte en la propuesta de Goldmann. El análisis de Goldmann sobre las visiones del mundo lleva a una conclusión evidente que él mismo extrae: la filosofía, la literatura y el arte son tres formas de creación espiritual que son expresiones de las visiones del mundo traducidas en tres lenguajes diferentes. La literatura y la sociología no son más que expresiones de las visiones del mundo colectivamente creadas por grupos sociales.

[10] Así, Goldmann (1975: 227) llama la atención sobre «la diferencia considerable que separa la sociología de los contenidos de la sociología estructuralista. La primera ve en la obra un reflejo de la conciencia colectiva; la segunda ve en ella, por el contrario, uno de los elementos constitutivos más importantes de ésta, el que permite a los miembros del grupo tomar conciencia de lo que pensaban, sentían o hacían, sin saber, objetivamente, su significación».



Jameson aporta, por su parte, otras reflexiones interesantes para abordar las relaciones literatura-sociología. Según Jameson (1986: 9-11), cuando interpretamos cualquier texto lo hacemos siempre con la ayuda de otras interpretaciones previas sobre el mismo texto o con la ayuda de las interpretaciones que hemos hecho sobre textos similares en el pasado —en el caso de que el texto sea nuevo. Interpretar, por tanto, es un acto esencialmente alegórico que consiste en reescribir un texto dado en los términos de un particular código maestro. Por ello, para Jameson, es tan importante estudiar las interpretaciones sobre un texto como el texto en sí mismo. De ahí que la intención declarada de Jameson sea interpretar los textos literarios desde un punto de vista político. No concibe este tipo de interpretación política de los textos y las narrativas como algo auxiliar o secundario, sino que para él la interpretación política es el horizonte de todas las posibles lecturas y todas las interpretaciones.

Las obras literarias y los objetos culturales, según este autor, son textualizaciones de situaciones concretas, que están emparentadas con los códigos o las narrativas disponibles. De hecho, la historia en sí misma no es un texto ni una narrativa, sino que es inaccesible para nosotros como no sea en forma de narración, de texto. De igual modo, para Brown la realidad es inaccesible como no sea gracias a la mediación de metáforas. El acceso a lo real, pasa, por tanto, por la textualización, la narrativización del «inconsciente político» (Jameson, 1986: 35). Aquí la diferencia entre la ficción y la no ficción, se encuentra en que los textos de no ficción son solamente textualizaciones de situaciones concretas, mientras que los de ficción son estructuras protonarrativas. De hecho, las utopías —y la conciencia de clase entendida como utopía— son estructuras protonarrativas que expresan la unidad de una colectividad. La interpretación «fuerte» que propone Jameson se basa en hacer una lectura de los textos que vaya más allá de lo superficial —de las lecturas comunes. Se trata de buscar los significados latentes detrás de los manifiestos; y estos significados latentes de los textos los vinculan al código interpretativo fundamental en el que emergen.

Todos estos argumentos llevan a Jameson (1986: 70) a concluir que se puede entender que la literatura es una forma débil de mito o una etapa avanzada de ritual, y, en este sentido, todo hecho literario y todo objeto cultural está conformado por el «inconsciente político». Siguiendo a Jameson, por tanto, podría argumentarse que tanto la sociología como la literatura forman parte de unos determinados códigos o narrativas, y, por tanto, son acciones simbólicas y meditaciones simbólicas conformadas por diversos

tipos de «inconscientes políticos». No hay, en principio, por qué separar rígidamente ambas disciplinas, puesto que ambas presentan y ocultan el «inconsciente político» de un macrocódigo o de una metanarrativa.

## PARA CONCLUIR

En estas páginas hemos explorado las relaciones entre sociología y literatura, guiados por dos preguntas. Una sobre los límites entre ambas. La otra sobre el origen de los productos culturales. Las respuestas han sido tomadas de algunos autores que han aportado pistas claves sobre una de ellas o sobre las dos. Basándonos en ciertas ideas de estos autores podemos extraer algunas conclusiones y tomar partido en estas cuestiones, aunque tendrá que ser de manera muy breve. En primer lugar, parece claro que debemos entender los límites de la sociología como socio-históricamente difusos y como determinados por los paradigmas sociológicos en vigor. En segundo lugar, partiendo de la premisa que los grupos sociales son los creadores de los objetos culturales, el reto consiste en saber cómo funciona este proceso y qué consecuencias tiene para las relaciones entre sociología y literatura. Ni las aportaciones de Nisbet, ni las de Goldmann o Jameson parecen del todo satisfactorias.

Volvamos ahora a la primera cuestión. Ciertos autores, como hemos visto, consideran que en los orígenes de la sociología es posible encontrar cierta confusión entre sociología y literatura. Para Ayala el problema es más bien epistemológico y formal. Es el propio objeto de la sociología el que obliga a esta disciplina a adoptar un «enfoque plenario» integrador. Y además la forma (literaria, ensayística, científica) en que se presente al público lector los resultados de una investigación sociológica no invalida ni refuerza dicha investigación. Para Mills la clave está en la «imaginación sociológica», y ésta no es patrimonio de los sociólogos, sino que se comparte con los artistas y novelistas —al menos en los periodos iniciales de la disciplina sociológica. En Nisbet literatura y sociología son dos medios de conocer la realidad social, que comparten los medios de representación (paisajes y retratos). Aunque la literatura no tiene los mismos criterios científicos de control de lo que se produce que la sociología, Nisbet concluye que se puede encontrar sociología en ciertas obras de arte. Brown presenta la posibilidad de trascender las convencionales divisiones entre arte y ciencia, insistiendo en la dimensión metafórica de todo conocimiento, y en la lógica de los paradigmas. Abbott muestra cómo la sociología puede ser estudiada como una forma de arte, como propuso Nisbet. Además, Brown sitúa en la ironía buena parte de sus esperanzas para dotar de fuerza y auto-conciencia a la disciplina, mientras que Abbott apela a las emociones y a lo lírico. Lepenies se centraba fundamentalmente en analizar los límites difusos entre sociología y literatura que existieron en los orígenes de la sociología, mientras que Rodríguez Ibáñez nos muestra los entrecruzamientos de las voces públicas que terminan por generar una conciencia de época.



Lo que comparten todos estos autores, a mi juicio, es su reflexión profu
da sobre los límites difusos entre sociología y literatura. Y también comp
ten la idea de que en los orígenes de la sociología, cuando ésta pugnaba c
otras disciplinas y otras expresiones culturales (psicología, filosofía, litera
ra, etc.) por constituirse como una disciplina capaz de monopolizar y ap
piarse del estudio de lo social, no existía una clara línea que delimitara
que era sociológico y lo que era literario. De hecho, la lectura de estos au
res permite trazar el desarrollo histórico de la disciplina sociológica, ent
dido éste como un empeño diferenciador y eminentemente moderno que
ne como objeto situar simultáneamente en el ámbito académico y en
ámbito intelectual a una nueva disciplina. No obstante, algunos autores, ta
como Ayala, Mills, Nisbet, Lepenies o Bourdieu, si bien muestran claramen
estas dinámicas, parece que titubean, dudan y no llegan a desarrollar ha
sus últimas consecuencias la tesis fundamental que se desprende de s
trabajo. Todos ellos comparten la idea de los límites difusos entre sociolo
y literatura, como hemos visto, pero restringen sus reflexiones al pasado
la disciplina. Fue en el pasado cuando esto sucedía, cuando la sociolo
moderna todavía no se había desarrollado lo suficiente. Y además, como
ñalan fundamentalmente Mills y Nisbet, la sociología de los clásicos de
disciplina y también la nueva sociología —hecha siempre desde la imagi
ción sociológica o con la creatividad artístico-científica— tiene una may
capacidad explicativa que las obras artísticas o literarias.

En mi opinión tanto la literatura como la sociología tienen en común
pretensión de explicar, comprender, ordenar e interpretar la realidad soci
Que una obra literaria o una sociológica sean capaces de darnos un cuad
completo y acertado sobre una situación social o sobre un problema no
parece que pueda atribuirse a la disciplina, sino a los méritos concretos
cada obra, de cada metáfora o de cada argumento irónico (por decirlo c
Brown), y dependerá también de la capacidad lírica y emocional, si acep
mos el argumento de Abbott, independientemente de si la consideramos o
sociológica, algo que, por otra parte, es susceptible de cambiar a lo largo
tiempo y en función de los paradigmas disponibles.

Los límites de la disciplina sociológica son variables y contingentes. S
embargo, parece claro que, hasta ahora, las líneas de sociología literaria q
convivían —de manera problemática, como señala Lepenies— con las soc
logías no literarias han perdido la batalla de la historia. De ahí que pued
ser consideradas un paradigma fallido. Hasta donde me alcanza, todavía e
por hacer una historia de la sociología que incluya a estos paradigmas fa
dos. Es probable que los sociólogos actuales se vieran enormemente bene
ciados si tomaran en serio esas líneas interrumpidas. La cuestión aquí no
hacer una reconstrucción meramente arqueológica de lo que fue y ha veni
siendo, sino concentrarse en lo que pueda ser recuperado de esa parte ol
dada de nuestra disciplina. Por supuesto, es ésta una tarea compleja, da
que la necesidad de poner límites parece difícilmente evitable (y en to
caso, ni siquiera es claro que la inexistencia de límites fuera deseable), y

gún hemos estado viendo en este capítulo el establecimiento de esos bordes no es sencillo.

Vayamos ahora a la segunda cuestión. Goldmann, Jameson y Nisbet llaman la atención sobre el común origen de los objetos culturales, mientras que Brown nos habla de la igual capacidad para ordenar el mundo. La sociología y la literatura —igual que cualquier otra manifestación cultural— se encuentran estrechamente imbricadas en los grupos sociales de los que emergen y a los que modifican. Desde este punto de vista se puede considerar que las narrativas maestras disponibles en un espacio social concreto son la fuente de las obras culturales concretas que se crean, como apuntaba Jameson. Falta, a mi juicio, una explicación convincente de cómo operan estos procesos. No obstante, podemos aventurar que tanto la sociología como la literatura si en un contexto social determinado se ven atravesadas por la misma narrativa o por narrativas complementarias tendrán, por decirlo así, un común aire de familia, mientras que si en un contexto social determinado se ven atravesadas por narrativas antagónicas o simplemente diferentes se producirá un extrañamiento entre ambas. De modo que más allá de las reglas y las normas, más allá de las lógicas al estilo de Nisbet, más allá de los métodos o las supuestas improvisaciones, más allá del estilo y la estética, hay juegos de códigos narrativos maestros que dan forma a las escenificaciones culturales (Alexander, 2000) y que estructuran simbólicamente lo social acercando y alejando a individuos, objetos o disciplinas, posibilitando o imposibilitando la transferencia cultural y la identificación psicológica entre actores y audiencias (Alexander, 2004), así como hay ritualizaciones que sacralizan las fronteras y los bordes, que celebran, glorifican y constituyen a los grupos sociales, dan forma a sus símbolos y dan aliento a la "justa ira" que despiertan los transgresores (Collins, 2004). La investigación de las narrativas que subyacen a las literaturas y a las sociologías socio-históricamente situadas, así como la investigación de las ritualizaciones podrían dar todavía algunos resultados interesantes en este ámbito de las relaciones entre sociología y literatura. Para la práctica totalidad de los autores abordados en estas páginas, el problema de las relaciones entre sociología y literatura se plantea en términos abstractos y de manera ahistórica. Por ejemplo, a juicio de Nisbet lo que es común a la sociología y la literatura es mucho más que lo que les aleja. No obstante, y desde mi punto de vista, deberíamos decir que ciertas narrativas y ritualizaciones aproximan a determinadas sociologías y a determinadas literaturas, mientras que otras narrativas y ritualizaciones alejan a concretas sociologías y a concretas literaturas.

## BIBLIOGRAFÍA


Abbott, A. (2007), «Against narrative: a preface to lyrical sociology», *Sociological Theory*, 25 (1).

Alexander, J. C. (2000), *Sociología cultural: formas de clasificación en las sociedades complejas*, Barcelona, Anthropos.

Alexander, J. C. (2004), «Cultural pragmatics: social performance between ritual and strategy», *Sociological Theory*, 22 (4).

Ayala, F. (1984), *Tratado de Sociología*, Madrid, Espasa-Calpe.

Bourdieu, P. (1995), *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.

Bradbury, M. (1970), «Literature and Sociology», *Essays and Studies*, Nº 23.

Brown, R. H. (1989), *A poetic for sociology: toward a logic of discovery for the human sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

Collins, R. (2004), *Interaction ritual chains*, Princeton, Princeton University Press.

Eastwood, J. (2007), «Bourdieu, Flaubert and the sociology of literature», *Sociological Theory*, 25 (2).

Friedrichs, R. (1977), *Sociología de la Sociología*, Amorrotu, Buenos Aires.

Gaspar, S. (2009a), «El sociólogo como novelista, y el novelista como sociólogo», *Revista Española de Sociología*, Nº 11.

Gaspar, S. (2009b), *La novela como conocimiento social: El primo Basilio de Eça de Queirós*. E-prints, UCM (http://eprints.ucm.es/9496/1/T28805.pdf).

Goldmann, L. (1975), *Para una sociología de la novela*, Madrid, Editorial Ayuso.

Goldmann, L. (1981), *Method in the sociology of literature*, Oxford, Basil Blackwell.

Gouldner, A. (1973), *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.

Jameson, F. (1986), *The political unconscious: narrative as a socially symbolic act*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kuhn, T.S., (1978), *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Editorial Tecnos, Madrid.

Laurenson, D. y Swingewood, A. (1971), *The sociology of literature*, Londres, MacGibbon and Kee.

Lamo de Espinosa, E. (1990), *La sociedad reflexiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Lepenies, W. (1992), *Between literature and science. The rise of sociology*, Cambridge, Cambridge University Press.

Levine, D. (1995): *Visions of the sociological tradition*, Chicago, The University of Chicago Press.

Mannheim, K. (1990), *El problema de una sociología del saber*, Madrid, Tecnos.

MANNHEIM, K. (1993), *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica.
MILLS, Ch.W. (1999), *La imaginación sociológica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
NISBET, R. (1979), *La sociología como forma de arte*, Madrid, Espasa-Calpe.
POSADA, A. G. (1904), *Sociología contemporánea*, Barcelona, Calpe.
RICOEUR, P. (2004), *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI.
RIBES LEIVA, A.J. (2005/2006), «El enfoque y la tradición sociológica», *Sociológica*, Nº 6.
RIBES LEIVA, A.J. (2007), *Paisajes del siglo XX: sociología y literatura en Francisco Ayala*, Madrid, Biblioteca Nueva.
RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E. (1998), *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E. (2008), *Voces cruzadas: Pensamiento social y literatura en la configuración de la conciencia de época*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
ROMERO RAMOS, H. y SANTORO, P. (2007), «Dos caminos en la sociología de la literatura, hacia una definición programática de la sociología de la literatura», *Revista Española de Sociología*, Nº 8.
SOKORIN, P. (1964), *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Madrid, Aguilar.
SOTELO, I. (1973), «Sobre la institucionalización de la sociología en España», *Sistema*, Nº3.
TORRES ALBERO, C. (1994), «La sociología de la sociología», en Lamo de Espinosa, E., Gónzalez García, J.M., y Torres Albero, C., *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid.
TURNER, B. S. (1987), «A note on nostalgia», *Theory, Culture and Society*, 147 (4).

# UNA LITERATURA QUE HACE SOCIOLOGÍA. EL EJEMPLO DE LA NARRATIVA LATINOAMERICA

Fernando Aínsa

En un ensayo pionero de lo que un largo siglo después se llamaría «
logía de la literatura», Madame de Stael se preguntaba en 1800: «Cuá
influencia de la religión, las costumbres y las leyes sobre la literatura,
es la influencia de la literatura sobre la religión, las costumbres y las
Su texto anticipatorio, titulado explícitamente *De la littérature cons
dans ses rapports avec les institutions sociales*, no se limitaba a lo qu
tarde sería el credo de Gyorgy Lukacs y Lucien Goldman —«los verd
autores» de la creación cultural son los grupos sociales y no los indi
aislados (Goldman, 1967:13)— sino que proponía una posible invers
la propuesta: la literatura también influye sobre la sociedad. La novel
sólo «crónica social» de su tiempo, sino uno de sus posibles condicio
La «sociología de la literatura» puede ser también la literatura que «h
ciología», donde la literatura no solamente es un documento útil para
ciología, sino que se convierte en sociología propiamente tal, en la me
que supone una reflexión sobre la sociedad y la condición humana.

En América Latina esta inversión ha sido tan evidente como deter
te. No es contradictorio afirmar que la literatura —especialmente la n
ha permitido conocer mejor la realidad empírica del continente antes
desarrollaran las ciencias sociales y que ese conocimiento literario ha
minado lo que se pretendiera luego saber científico. «La literatura
respuesta a las preguntas sobre sí misma que se hace la sociedad» –
daba Octavio Paz, al subrayar la intrincada complejidad de las rel
entre realidad y literatura en el Nuevo Mundo: